



Columna



Daniel Mas Valdés

Un país que vuelve a encontrarse

Chile amanece temprano en sus regiones. Antes de que abran las oficinas públicas o comiencen los debates en Santiago, el país ya está en movimiento: en los pescadores que descargan de madrugada en el sur, en los mineros que descienden antes del alba al corazón del norte, en los pequeños comerciantes que levantan cortinas metálicas mientras todavía cae la escarcha sobre las plazas. Ahí, lejos de las ceremonias y de las consignas, sigue latiendo el Chile real. Un Chile que durante demasiado tiempo sintió distancia, abandono y desafección de parte de un Estado que parecía haber olvidado para quién trabajaba.

Por eso el recorrido del gobierno por las regiones durante estos meses ha tenido un sentido que va mucho más allá de una agenda de actividades. Ha sido un reflejo del mandato que el presidente Kast quiso imprimir desde el inicio: volver a conectar al Estado con las personas, recuperar la presencia en las regiones, comunas y localidades, escuchar antes de decidir y reconstruir las confianzas necesarias para poner nuevamente en marcha al país.

Desde Atacama, el 26 de febrero, hasta Ñuble y Maule el 29 de mayo, el recorrido ha atravesado buena parte de la geografía y del alma chilena: Coquimbo, Antofagasta, Los Ríos, Araucanía, O'Higgins, Biobío, Magallanes, Valparaíso, Aysén, Los Lagos, Tarapacá y Arica y Parícuta. Un mapa que no sólo une regiones, sino historias, memorias y desafíos comunes.

En Andacollo, tierra minera y profundamente devota, el encuentro con pequeños productores dejó una de esas imágenes que explican mejor que cualquier discurso el sentido del viaje. Allí, hombres y mujeres que sostienen faenas familiares hablaron de incertidumbre, de permisos interminables, de costos que asfixian y de generaciones enteras que no quieren abandonar el oficio heredado de sus padres. Antes de partir, el equipo pasó a encomendar su gestión a la Virgen de Andacol-

“La realidad del país no requiere de grandes planificadores ni refundaciones. Necesitamos reconstruir confianzas, certezas e incentivos”.

lo. Un gesto sencillo, quizás silencioso, pero profundamente chileno: reconocer que gobernar también exige humildad.

En Rancagua, bajo el eco de la Medialuna Monumental y con la canción nacional resonando entre huasos, familias y autoridades, apareció otra certeza: Chile sigue teniendo símbolos compartidos. Hay una patria cotidiana que todavía vive en las tradiciones, en las fiestas populares, en las regiones orgullosas de su historia. Esos símbolos compartidos son además una fuente de trabajo y emprendimiento. Nuestra cultura no es sólo un relato, es también la vida de esfuerzo de cientos de familias que ponen ingenio y talento al servicio de la transmisión de la cultura, generando empleos y riqueza en las regiones.

Ese mismo espíritu apareció en Magallanes, entrando al histórico Kiosko Roca, donde generaciones completas han comenzado el día enfrentando el frío austral. O en Valparaíso, visitando Superba, una panadería que mantiene hace más de cien años su horno a leña encendido. Hay algo profundamente emocionante en esos lugares que resisten al tiempo: dan cuenta de que nuestro principal aliado son las personas, la fuerza de Chile, su historia y su futuro.

En Puerto Montt, durante un desayuno en el mercado, Paola habló sobre el esfuerzo cotidiano de levantar un negocio en tiempos difíciles. No pidió privilegios. Pidió certezas. Lo mismo ocurrió en Arica con Rosa y Roberts, compartiendo una conversación simple y honesta sobre trabajo, seguridad y futuro. Ahí aparece quizás la

principal lección de este recorrido: las personas no esperan milagros. Los chilenos no quieren que los funcionarios estatales los reemplacen, no piden que les hagan el trabajo, tampoco necesitan que el Estado los dirija. Quieren que el Estado haga su pega, y que no entorpezca las condiciones para que cada uno haga su trabajo.

Bajo la lluvia y nieve de Aysén en un punto de prensa improvisado al costado de la Ruta 7, se hace evidente que el desarrollo no puede seguir entendiéndose sólo desde cifras macroeconómicas. El crecimiento económico importa y tiene rostro humano, que se aprecia en cada historia de progreso social de familias a lo largo de todo el país.

Pero no hay política económica seria si no se comprenden las particularidades del norte minero, el sur salmonero, el mundo agrícola del centro o de la realidad extrema de Magallanes y Aysén. Hay algo profundamente valioso en un gobierno que madruga para conversar con pescadores antes de una pauta, que escucha a pequeños mineros en vez de limitarse a las grandes compañías, que se sienta a tomar café con vecinos y comerciantes, que entiende que las regiones no son una fotografía para redes sociales, sino el corazón productivo y humano del país.

Eso es lo que permite comprender que la realidad del país no requiere de grandes planificadores ni refundaciones. Necesitamos reconstruir confianzas, certezas e incentivos, devolverles a los chilenos el optimismo y la energía, para que nuestros emprendedores se lancen en sus proyectos, los inversionistas aporten el capital y los trabajadores puedan crear un bien o servicio que transforme la vida de sus compatriotas.

Quizás eso sea lo más importante de este viaje por Chile: recordar que el país sigue ahí. Esperando volver a encontrarse consigo mismo.

Y cuando Chile logra reencontrarse, vuelve también a ponerse en marcha.